

CEMENTERIO DE INFANTES

Míralos suplicar, arañar las paredes del cielo, los muros del infierno. Míralos y apénate de ellos cuando lo hagas. Quieren salir de sus tumbas, retomar el camino que dejaron a medias, no pueden quedarse retenidos aquí, en el Jardín de infantes.

Todos los domingos hay al menos un lirio blanco postrado en algún descanso infinito. Los cipreses, altos y lánguidos como fantasmas, se agitan violentamente en los días de lluvia, me gusta pensar que actúan como los juguetes de aquellos niños que duermen en el cementerio de infantes, los sacuden a su antojo como marionetas de cartón, secas y debilitadas, como sus dueños. Títeres que se han cansado de ser manipulados, muñecos de ventrílocuo hartos de no poder hablar con sus propias bocas.

Siempre acababa parado allí, observando el cementerio de infantes. Todos los paseos mañaneros terminaban en aquel acantilado con vistas al infierno, todas las escapadas rutinarias se encontraban con el laberinto de tumbas y lirios. Escuchaba la voz de mi cabeza rogarme que saliese de allí, pero no podía. Estaba demasiado ocupado intentando vencer al hipnótico movimiento de la vegetación, que luchaba por arrastrarme hasta el fondo de una de aquellas lápidas esculpidas con sangre y lágrimas.

Cada día estaba solo cuando admiraba las tumbas de frío mármol con pequeños e inocentes cuerpos reposando en su interior. Aquel fue la única excepción que recuerdo. Un hombre que ya pintaba canas se había detenido en un mausoleo coronado por un gran ángel de plata. Todo parecía normal hasta que los cipreses, mecidos por el viento, detuvieron su incansable movimiento. Todo parecía normal hasta que el desconocido colocó con infinito cuidado un lirio sobre la superficie donde aguardaba uno de los muchos infantes allí sepultados. Un lirio rojo como la sangre.

Reprimí mis ganas de acercarme, romper el círculo místico en el que probablemente había caído y preguntarle que hacía ahí parado, malgastando su vida en un lugar tan muerto. No tenía razones para ir a molestarlo con preguntas tontas puesto que yo hacía lo mismo. Me limité a negar con la cabeza y señalar un límite de distancia imaginario entre el hombre y yo.

Volví la mirada a la tumba en la que siempre centraba mi atención. Aquella lápida gris cuyas inscripciones habían sido borradas a causa del tiempo pasado. No tenía idea alguna de quien era el dueño del sepulcro de aura fantasmal, nunca me había sentido tentado a mirar su nombre hasta aquel momento. "Eva Taylor" – rezaba el mausoleo.

- Querida Eva Taylor, no te conozco y seguramente tú a mí tampoco, pero déjame decirte algo: has sido una pequeña estúpida, ¿de acuerdo? Y siempre lo serás porque ningún niño merece ver como se apaga la última llama de eso tan codiciado a lo que llamamos la vida. Nadie merece saber que el último grano de arena de un reloj caprichoso está cayendo. Lo siento, mi querida Eva, siento de veras que el mundo te haya decepcionado, te haya eliminado tan rápido. No

sabes cómo siento que ahora el único recuerdo que quede de ti sea el de un estúpido nombre y unas estúpidas fechas grabadas en una estúpida tumba.

Las palabras salieron atropelladas de mi boca como balas de metralla sin apenas darme cuenta. No era consciente de lo que había dicho, solo sabía que el desconocido tenía la vista fijada en mí y sonreía. Sonreía como jamás había visto sonreír a ningún humano y aquello me inquietó. Por un segundo supe que temía a aquello que no conocía. Me aterraba la muerte, me aterraba la vida, me aterraba todos los que vivían y todos los que morían.

Sin apenas darme cuenta de ello, el hombre había atravesado todas las lápidas que nos separaban hasta cruzarse conmigo.

- ¿La conoces?
- No.
- ¿Ves esa tumba de allí? – Señaló hacia donde había estado observando con tanta pena durante todo el tiempo que llevaba parado en ese lugar. El lirio rojo brillaba en todo su esplendor, lo hacía como nunca antes lo había hecho. Asentí lentamente.
- Bien, pues yo tampoco conozco al niño que por desgracia descansa ahí dentro. Solo sé que se llama Oliver y lo enterraron hace dos años.
- ¿Cómo se llama? ¿Acaso no está...? – El extraño indicó con un gesto de mano que guardase silencio.
- No, joven. No está muerto. Ninguno de los niños que permanecen aquí lo están mientras sean recordados por alguien que viva.- Asombrado, me quedé quieto.- Por eso estoy aquí, ¿sabes? Llevo tiempo sin venir, cosas de la edad. Me han diagnosticado una enfermedad Terminal que acabará con mi vida en unos meses.- Ambos guardamos silencio por unos segundos: yo mirando al suelo y él sonriendo.- ¿Tú le temes a la muerte?
- Sí.- Respondí tímidamente.
- Cuando crezcas lo suficiente, te darás cuenta de que no tienes porque y solamente esperarás. Mi momento ha llegado, pero me quema las entrañas que estos niños se mueran conmigo. Por eso busco a quienes los respete tanto como yo. Llevo años parado en la tumba de esa criatura y me he dado cuenta ahora.- Se acercó temerosamente a mí y colocó su mano en mi hombro.- Hazme un favor y reemplázame. Hazle un favor a todos los que descansan aquí.

Pasaron los años y jamás volví a ver a aquel hombre, pero siempre supe que su último deseo era ser enterrado en aquel cementerio de infantes.

En otras palabras, así fue como acabé dejando todos los días un lirio rojo en las tumbas de Eva y Oliver.

Silvia Olivares Moreno
1º ESO A, 12 años
Segundo Premio ESO Prosa.
Colegio Marqués de Vallejo "El Juncarejo"